

“PENTECOSTÉS: VOLVER AL FUEGO DEL EVANGELIO”

Mensaje a la Orden Franciscana Seglar y a la Juventud Franciscana

Queridos hermanos y hermanas, reciban un fraterno saludo de paz y bien.

Al celebrar la Fiesta de Pentecostés, nuestro corazón vuelve inevitablemente al Cenáculo. Volvemos espiritualmente a aquella escena profundamente humana y profundamente divina donde los discípulos, reunidos junto a María, permanecían esperando la promesa del Señor. No era una espera tranquila ni cómoda. Era la espera de hombres y mujeres que todavía cargaban el miedo de la cruz, la incertidumbre del futuro y la fragilidad de quien no comprende plenamente los caminos de Dios. Habían visto a Cristo resucitado, sí, pero aún necesitaban la fuerza interior para convertirse verdaderamente en testigos.

Y entonces irrumpió el Espíritu Santo.

No como una idea abstracta ni como un sentimiento pasajero, sino como fuego capaz de transformar la vida. Aquel grupo encerrado por miedo salió a anunciar el Evangelio con valentía. Aquellos corazones confundidos encontraron claridad. Aquellos discípulos frágiles descubrieron que la misión no dependía únicamente de sus capacidades humanas, sino de la fuerza de Dios actuando en ellos.

También nosotros, como familia franciscana en Colombia, necesitamos volver al Cenáculo. Necesitamos regresar continuamente a ese lugar interior donde el Espíritu Santo sigue descendiendo sobre la Iglesia para renovarla, sostenerla y enviarla nuevamente al mundo. Porque Pentecostés no es solamente el recuerdo de algo ocurrido hace siglos; Pentecostés es una experiencia viva que sigue atravesando la historia humana y la vida de la Iglesia.

Hoy más que nunca necesitamos redescubrir esto. Vivimos tiempos complejos. Muchas veces experimentamos el cansancio pastoral, la rutina espiritual y el peso de tantas dificultades que atraviesan nuestras fraternidades, nuestras familias y nuestro país. A veces pareciera que evangelizar se vuelve cada vez más difícil en medio de una cultura marcada por la superficialidad, el individualismo, la violencia y la desesperanza. Hay jóvenes que viven atrapados en la ansiedad y el vacío interior; familias heridas por la división; personas que han perdido el sentido de la vida y creyentes que lentamente han dejado enfriar el fuego de la fe.

Frente a todo esto, Pentecostés nos recuerda algo fundamental: la Iglesia nunca nació desde la comodidad. La misión comenzó precisamente en medio de la fragilidad. Y eso significa que también hoy el Espíritu Santo puede actuar poderosamente en medio de nuestras debilidades, cansancios y limitaciones.

Para nosotros, hijos e hijas espirituales de San Francisco de Asís, esta fiesta tiene una resonancia especial. Francisco fue un hombre profundamente dócil al Espíritu Santo, tanto que lo llamó Ministro General de la Orden. Su vida entera fue una respuesta radical a la acción de Dios. Él no inició simplemente una obra humana ni construyó un proyecto basado en el poder o el reconocimiento. Permitted que el Espíritu transformara su corazón y lo condujera hacia el Evangelio vivido con autenticidad.

Por eso su vida sigue interpelándonos. Francisco entendió que cuando el Espíritu Santo toma verdaderamente posesión del corazón humano, todo cambia. Cambia la manera de mirar a los demás, cambia la relación con los pobres, cambia el uso de los bienes, cambia la manera de comprender la fraternidad y cambia incluso la forma de habitar el mundo.

Y justamente ahí se encuentra uno de nuestros mayores desafíos hoy como franciscanos seculares. Corremos el riesgo de conservar estructuras, reuniones y actividades, pero perder lentamente el ardor interior. Podemos acostumbrarnos a una fe funcional, organizada y activa, pero espiritualmente cansada. Podemos hablar de fraternidad mientras permitimos crecer distancias, indiferencias o rivalidades. Podemos mantener tradiciones hermosas, pero olvidar que el Evangelio siempre exige renovación del corazón.

Pentecostés viene entonces a despertarnos. El Espíritu Santo no vino simplemente para acompañar decorativamente nuestra vida cristiana. Vino para transformarla profundamente. Por eso el Evangelio nos muestra a los discípulos encerrados por miedo, porque el Espíritu siempre irrumpe precisamente allí donde el ser humano descubre sus límites.

También nosotros podemos encerrarnos. A veces nos encerramos en la comodidad de lo conocido; otras veces en el miedo al cambio; otras veces en estructuras pastorales que ya no responden a las necesidades actuales; y, en ocasiones, nos encerramos incluso en una espiritualidad que evita el compromiso concreto con el dolor humano. Pero Pentecostés rompe puertas. El Espíritu Santo abre ventanas. Nos obliga a mirar hacia afuera y a descubrir nuevamente que la misión sigue siendo urgente.

Nuestro país necesita testigos auténticos del Evangelio. Necesita hombres y mujeres capaces de sembrar esperanza en medio de tantas heridas sociales y espirituales. Necesita cristianos que no se resignen a la indiferencia, sino que sean capaces de acompañar, escuchar, reconciliar y servir.

Y precisamente allí la vocación franciscana tiene mucho que ofrecer. Porque el carisma franciscano no es una espiritualidad evasiva ni intimista; es profundamente encarnada. San Francisco abrazó al leproso, caminó junto a los pobres, reconstruyó fraternidad y anunció paz en medio de un mundo dividido. Hoy también nosotros estamos llamados a ser presencia de reconciliación y esperanza.

Esto vale de manera especial para nuestras fraternidades. Uno de los frutos más hermosos de Pentecostés fue la comunión. Personas de distintas culturas comenzaron a entenderse porque el Espíritu Santo hacía posible la unidad en medio de la diversidad. Qué importante es recordar esto en nuestras fraternidades locales y regionales. No podemos anunciar fraternidad si vivimos distantes unos de otros. No podemos hablar de comunión mientras dejamos crecer divisiones, protagonismos o indiferencias.

La fraternidad no es un elemento secundario de nuestra vocación franciscana; es su corazón mismo. Y por eso necesitamos fraternidades donde las personas puedan sentirse escuchadas, acompañadas y acogidas. Fraternidades donde exista misericordia, capacidad de diálogo y deseo sincero de caminar juntos.

Una fraternidad sin Espíritu se vuelve fría y funcional. En cambio, una fraternidad llena del Espíritu Santo se convierte verdaderamente en hogar.

De manera particular quisiera dirigirme a los jóvenes de la Juventud Franciscana. Queridos jóvenes: la Iglesia necesita de ustedes. El mundo necesita jóvenes auténticos, capaces de vivir con profundidad y sentido. Hoy la sociedad ofrece muchas promesas superficiales: éxito inmediato, reconocimiento vacío, placer rápido y entretenimiento constante. Sin embargo, el corazón humano sigue teniendo hambre de infinito.

No permitan que les roben los sueños grandes. No nacieron para sobrevivir espiritualmente ni para vivir una juventud superficial. Nacieron para la santidad. Nacieron para descubrir que seguir a Cristo vale verdaderamente la pena.

San Francisco comenzó siendo joven. También Santa Clara de Asís descubrió desde joven la radicalidad del Evangelio. Y hoy el Espíritu Santo sigue llamando jóvenes capaces de vivir una fe alegre, profunda y comprometida. Jóvenes que oren, que sirvan, que acompañen al pobre, que cuiden la creación y que sean capaces de anunciar con alegría que Cristo sigue siendo respuesta para el corazón humano. Por eso los animo a seguir guardando un corazón dócil al actuar del Espíritu Santo; confíen y cuenten con Dios, que Él confía y cuenta con ustedes.

Pero también quisiera dirigirme con afecto y esperanza a los hermanos y hermanas de la Orden Franciscana Seglar. La Iglesia necesita profundamente el testimonio del laicado franciscano. En un mundo marcado por la agresividad, la polarización y el individualismo, ustedes están llamados a ser signos concretos de paz, fraternidad y esperanza. La vocación seglar franciscana no consiste únicamente en participar en actividades religiosas; consiste en transformar el mundo desde dentro con el espíritu del Evangelio. Por eso necesitamos seglares franciscanos presentes en las familias, en las universidades, en la política, en la educación, en la cultura y en los espacios digitales. Necesitamos hombres y mujeres capaces de llevar el espíritu de las bienaventuranzas allí donde muchas veces domina la lógica del egoísmo y del poder.

Y precisamente en este contexto de Pentecostés, el Espíritu Santo nos concede vivir dos momentos profundamente significativos para nuestra familia franciscana en Colombia: el próximo Capítulo Nacional Intermedio de la OFS y el Encuentro Nacional Electivo de la JuFra.

El Capítulo Nacional Intermedio no puede verse únicamente como una reunión organizativa o administrativa. Debe ser vivido como un verdadero Cenáculo. Será un espacio donde las fraternidades de Colombia se reunirán para escuchar juntas la voz del Espíritu Santo, discernir los desafíos actuales y renovar el camino de la Orden en nuestro país.

Qué importante será llegar allí no solamente con propuestas o informes, sino con un corazón humilde y disponible. El Espíritu Santo no actúa en corazones cerrados ni en quienes buscan imponer únicamente sus propias ideas. Actúa en quienes saben escuchar, dialogar y dejarse transformar.

Tal vez el Señor quiera impulsarnos hacia una OFS más cercana a los jóvenes, más comprometida con los pobres, más abierta a los desafíos actuales y más ardiente espiritualmente. Por eso quisiera exhortar profundamente a todas las fraternidades locales y regionales a vivir este Capítulo con responsabilidad, oración y esperanza. No vayamos simplemente como delegados; vayamos como hermanos, como discípulos y como buscadores sinceros de la voluntad de Dios.

Del mismo modo, el Encuentro Nacional Electivo de la JuFra representa una oportunidad providencial para discernir el futuro de nuestra fraternidad juvenil franciscana. No será solamente un momento para elegir un nuevo Consejo Nacional. Será, sobre todo, un tiempo para escuchar lo que el Espíritu Santo quiere suscitar en los jóvenes franciscanos de Colombia.

En la Iglesia, el liderazgo auténtico nunca nace de la ambición personal, sino del servicio. Por eso necesitamos jóvenes profundamente enamorados de Cristo, humildes para trabajar en equipo, apasionados por la fraternidad y valientes para evangelizar. Qué hermoso sería que cada joven llegue a este encuentro dispuesto no solamente a elegir, sino también a dejarse transformar por Dios.

Pentecostés nos enseña precisamente esto: el Espíritu Santo actúa de manera especial cuando la comunidad se reúne para discernir. La Iglesia descubre en el Cenáculo que nadie camina solo y que las decisiones más importantes deben hacerse desde la oración, la escucha y la fraternidad.

Por eso necesitamos aprender nuevamente a escuchar juntos, orar juntos y discernir juntos. Y esto exige humildad, madurez espiritual y capacidad de diálogo. Exige renunciar a los egoísmos y protagonismos que tantas veces hieren la vida fraterna.

Finalmente, no podemos contemplar Pentecostés sin mirar a María. Ella permanece silenciosa en medio del Cenáculo, orando y esperando. María enseña a la Iglesia cómo abrirse verdaderamente al Espíritu Santo. Nos recuerda que no hay renovación espiritual sin interioridad, no hay misión fecunda sin oración y no hay verdadero Pentecostés sin disponibilidad a la voluntad de Dios.

Quizá hoy muchos de nosotros necesitamos volver al fuego de los primeros tiempos. Tal vez algunos hermanos sienten cansancio espiritual. Tal vez algunos jóvenes han perdido entusiasmo. Tal vez algunas fraternidades atraviesan momentos difíciles. Pero Pentecostés nos recuerda que Dios no abandona su obra. El Espíritu Santo sigue descendiendo sobre la Iglesia, sigue renovando corazones y sigue levantando discípulos.

Y quizá hoy el Señor nos hace nuevamente una pregunta: “¿Están dispuestos a dejarse incendiar por el Evangelio?”

Porque el verdadero problema no es la falta de actividades, ni la falta de estructuras o recursos. El verdadero problema aparece cuando el corazón pierde el fuego.

Hoy el Espíritu Santo quiere volver a encender en nosotros el amor por Cristo y por el Evangelio.

Querida OFS de Colombia, querida JuFra de Colombia: no tengan miedo de los desafíos del presente. No tengan miedo de renovar caminos pastorales. No tengan miedo de escuchar a los jóvenes. No tengan miedo de abrir nuevos horizontes de misión. No tengan miedo de volver a la esencia franciscana.

Que esta fiesta de Pentecostés no pase simplemente como una celebración más. Que sea una experiencia profunda de renovación espiritual para toda nuestra familia franciscana. Que nuestras fraternidades vuelvan a convertirse en Cenáculos vivos donde el Espíritu Santo siga actuando con fuerza.

Y que el próximo Capítulo Nacional Intermedio y el Encuentro Nacional Electivo sean verdaderamente experiencias de gracia, discernimiento y fraternidad para toda la familia franciscana de Colombia.

Que San Francisco de Asís y Santa Clara de Asís intercedan por nosotros, y que el Espíritu Santo nos conceda seguir siendo discípulos ardientes, fraternales y profundamente misioneros.

¡Ven, Espíritu Santo!
¡Ven y renueva la faz de la tierra!
¡Ven y renueva la OFS y la JuFra de Colombia!

Fraternalmente, **Fray Miguel Ángel Estupiñán Zafra, OFM.**